

Viñetas del mundo

SANTIAGO GARCÍA

«¿Quién querría comprarse un tebeo cuando se puede comprar un libro de verdad, como *Anna Karenina*?» Fue entonces cuando me di cuenta de que Anna, mi intérprete en KomMissia, el festival de cómic de Moscú, y yo, hablábamos idiomas diferentes, y no me refiero al ruso y el español. A pesar de la gravedad de su pregunta, el público asistía entusiasmado a las charlas de François Boucq, estrella de la bd. Sin embargo, cuando quise comprar cómics locales y visitar alguna librería especializada moscovita, me explicaron que no había más tebeos rusos que los que salían en el catálogo, y que allí no tenían tiendas especializadas. Dmitry Iakovlev, el organizador del festival Boomfest de San Petersburgo, que había conseguido reunir a *historietistas* de países como Estonia, Armenia o, en el colmo de lo exótico, incluso Albania, me decía que en la periferia del cómic también se mantienen al tanto de lo que se hace en Occidente. Al fin y al cabo, existe una cosa llamada internet, ¿no? Lo que importa es que todos los tebeos están escritos en el lenguaje universal del cómic.

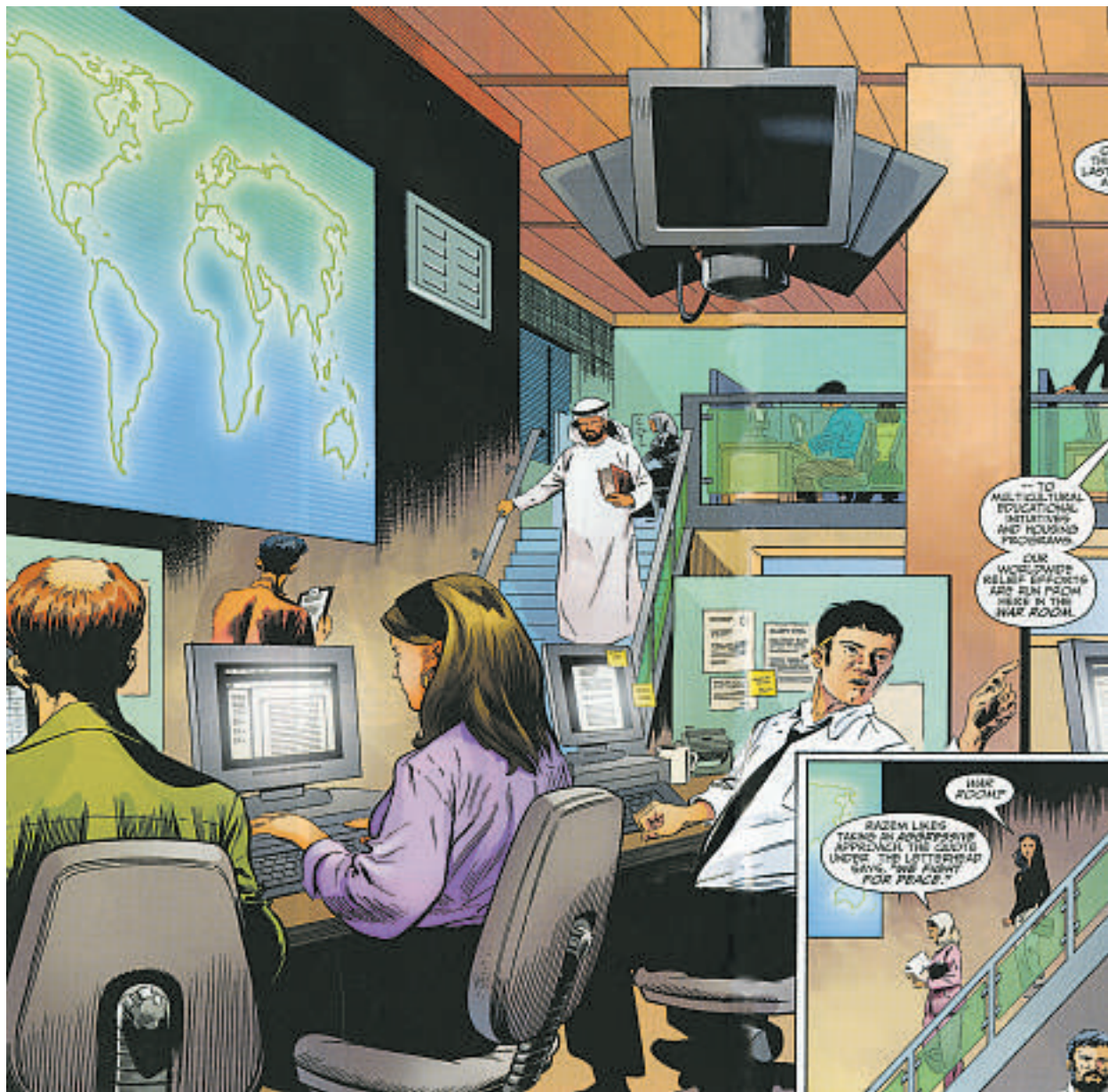
Por supuesto que no ha hecho falta inventar internet para que los dibujantes de todo el mundo lean tebeos que ni siquiera saben cómo se llaman. Desde su origen, la tradición internacional del cómic ha sido fecunda y vigorosa, y a menudo las escuelas locales han germinado a partir de una semilla extranjera. ¿Hay algo más puramente francés –o para ser más precisos, francobelga– que la línea clara? Y, sin embargo, Hergé aprendió a poner dos puntitos por ojos a Tintín gracias al americano G. McManus. La influencia de Walt Disney llegó a obsesionar a O. Tezuka, el padre del manga moderno de posguerra, que a su vez pasó a convertirse en fuente cuando en 1994 Disney estrenó *El Rey León*, una película con más de una (y más de media docena) de similitudes con su serie *Janguru Taitei*. El cómic japonés ha sido la potencia internacional de la última década, y de él han sacado buen provecho autores de sello tan personal como F. Miller, que aprendió de Kojima cuando ni siquiera estaba traducido al inglés, o Paul Pope, que trabajó durante un lustro para Kodansha, el gigante editorial nipón. La síntesis japonés-europea está ahora también en la *nouvelle manga*, corriente encabezada por el francés instalado en Japón F. Boillet.

El diálogo entre culturas a veces da frutos a largo plazo, como sabemos. Los superhéroes Marvel empezaron a publicarse en España en 1969. Cuatro décadas después, generaciones de lectores españoles los han hecho suyos, y una legión de dibujantes, con Carlos Pacheco a la cabeza, enseña a los americanos. El mundo es hoy muy pequeño. Nuestras viñetas, cada vez más grandes. ■

EDUCAR Y

ENTRETENER.

«CONCIBO ESTE CÓMIC PARA QUE GENERE UNA CULTURA POPULAR QUE ATRAIGA A MILLONES EN BUSCA DE DIVERSIÓN Y TOLERANCIA», APUNTA UNO DE LOS AUTORES DE «LOS 99». ARRIBA, UNA DE SUS VIÑETAS



UNA NUEVA LISTA DE SUPERHÉROES

EL FENÓMENO DEL CÓMIC HA TRASPASADO TAMBIÉN LAS FRONTERAS DE LA CULTURA ÁRABE E ISLÁMICA. UN IDEAL DE SUPERHÉROE, AL ESTILO MÁS OCCIDENTAL, QUE SE PLASMA EN LA SAGA DE «LOS 99»

BORJA BERGARECHE

En otoño de 2005, un apocalíptico anuncio intento sacudir el mundo islámico. «El próximo Ramadán, el mundo tendrá nuevos superhéroes». Con poco éxito. El 22 de enero de 2006, por fin una información en las páginas culturales de *The New York Times* se hacía eco del nacimiento, no ya de uno, sino de 99 nuevos personajes de cómic con superpoderes inspirados en los 99 atributos que los creyentes mahometanos asocian a su dios. En un mundo en el que Osama Bin Laden parecía ser el único ídolo de masas en el Islam, la fecha no fue casual. Cuatro días más tarde, Arabia Saudí llamó a consultas a su embajador en Dinamarca y en el mundo musulmán estalló la crisis de las caricaturas de Mahoma. «Durante varios días –explica risueño Naif al-Mutawa, creador de *Los 99*–, toda persona que buscaba en Google Islam y viñetas (*cartoons* en inglés) encontraba el artículo sobre *Los 99*. Y así, en plena crisis, logramos que todo el mundo se fijara en esta idea de los atributos positivos de Alá y del Islam».

Los 99 es una nueva saga de cómic creada en 2006 por la factoría Teshekeel, la empresa kuwaití con oficinas en Nueva York que distribuye en Oriente Medio las historias de Superman, Batman y otros superhéroes de los gigantes estadounidenses Marvel y DC. Según la leyenda, en 1258, los mongoles saquearon Bagdad, la gran «Ciudad de la Paz», con un objetivo: destruir la librería de la ciudad para erradicar el poder sobre el que había erigido un imperio, su sabiduría.

UN SUEÑO ALTERNATIVO. En su desesperado intento por evitar el borrado intelectual de toda una civilización, los libreros bagdadíes recurrieron a la alquimia para comprimir el saber encerrado en los libros en 99 piedras míticas, que viajaron ocultas hasta Granada. En 1491, el avance de las tropas del Rey Fernando puso en peligro la unidad del tesoro almacenado en las piedras, que terminaron dispersas por el mundo. 33 se pierden en China y Asia; otras 33 permanecen entre Europa, Oriente Próximo y África; y las 33 restantes viajan con Cristóbal Colón en «La Niña, la Pinta

y la Santa María –explica al-Mutawa en un castellano de Nueva York– hacia el Nuevo Mundo, como metáfora de la extensión del Islam».

«Concibo a *Los 99* como entretenimiento con un fin. Nunca tuve en mente que compitieran con Bin Laden, pero si que generaran una cultura popular capaz de atraer a millones con una mirada introspectiva en busca de diversión y tolerancia, que son los mensajes dominantes en el Corán», explica este empresario y dibujante kuwaití de 37 años, padre de cuatro chicos que pasan el verano y la Navidad en Manhattan, y que aspira a empezar a hacer dinero en 2009 con una saga que vende ya 30.000 ejemplares mensuales en árabe y en inglés (en Oriente Medio, India y Estados Unidos) y otros 30.000 en lengua bahasa en Indonesia (el país musulmán más poblado del mundo). «Los jóvenes musulmanes que aspiran a emular la *yihad* quieren en realidad ser héroes de acción, y *Los 99* les ofrecen un sueño alternativo», cree Scott Atran, antropólogo y analista en el Centro sobre Terrorismo del John Jay College de Nueva York.